**CRISTO, EL FUNDAMENTO DE LA PROFECÍA EN DANIEL**

Daniel 12:8-9

INTRODUCCIÓN:

El libro de Daniel fue escrito en Babilonia aproximadamente entre los años 540 y 530 antes de Jesucristo. Daniel, cuyo nombre significa “Dios es mi Juez” fue llevado cautivo junto a sus tres amigos que pertenecían a la clase noble de Israel, es decir, todos ellos eran príncipes en Judea antes del exilio. Sus amigos eran Ananías, Misael y Azarías y los babilonios les dieron otros nombres. A Daniel lo llamaron Beltsasar y a los demás Sadrac, Mesac y Abed-nego. Todos ellos, debido a los dones que Dios les dio, ocuparon los puestos más destacados del gobierno. A finales del primer capítulo dice: “En todo asunto de sabiduría e inteligencia que el rey los consultó, los halló diez veces mejores que todos los magos y astrólogos que había en todo su reino” (Daniel 1:20).

El libro se puede dividir en dos partes claramente definidas. La primera parte, es decir, los capítulos 1 al 6, trata de la intervención de Dios en diferentes situaciones:

(1) La intervención de Dios para colocar a estos cuatro jóvenes en una posición de privilegio en el gobierno babilónico.

(2) La intervención de Dios para que Daniel interprete el sueño de Nabucodonosor.

(3) La intervención de Dios para proteger a los amigos de Daniel cuando fueron arrojados al horno de fuego y salieron ilesos.

(4) La intervención de Dios en la locura de Nabucodonosor para mostrarle que “el Altísimo tiene domino sobre el reino de los hombres y que lo da a quien él quiere” (4:25).

(5) La intervención de Dios en los dedos de una mano que escribía en una pared “Mene, Mene, Tekel, Uparsin” durante el reinado de Beltsasar, que Daniel interpretó diciendo “Contó Dios tu reino y le ha puesto fin. Pesado has sido en balanza y fuiste hallado falto. Tu reino ha sido roto, y dado a los medos y a los persas” y

(6) la intervención de Dios cuando libró a Daniel de ser devorado por leones hambrientos, durante el reinado de Darío.

El propósito de todas estas historias fue enseñar que Dios está sobre cualquier circunstancia y gobierno, que puede sacar y reemplazar cualquier gobernante cuando y como quiere, y que puede librar a los que guardan sus mandamientos de toda amenaza o peligro por más grande o terrible que sea, como, por ejemplo, el ser aniquilado por el fuego o devorado por los leones. Pero también nos enseñan todas estas historias a ser fieles a Dios pase lo que pase y aceptar nuestro destino si Dios no nos libra, tal como respondieron Sadrac, Mesac y Abed-nego a Nabucodonosor: “He aquí nuestro Dios a quien servimos puede librarnos del horno de fuego ardiendo; y de tu mano, nos librará. Y si no, sepas, oh rey, que no serviremos a tus dioses, ni tampoco adoraremos la estatua que has levantado” (Daniel 3:17-18).

En la segunda parte del libro, es decir, de los capítulos 7 al 12, trata de los sueños y las visiones que tuvo Daniel sobre los acontecimientos del futuro. Por eso se dice que el libro de Daniel es Apocalipsis del Antiguo Testamento. Esta es la parte que más curiosidad ha despertado en los que les apasiona estudiar las profecías, los acontecimientos finales de la historia y el fin del mundo.

Quiero hacer un paréntesis aquí para decir que en las Biblias católicas el libro de Daniel es más extenso porque incluye 6 relatos que son considerados deuterocanónicos o apócrifos y que tampoco figuran en la Biblia Hebrea. (1) La oración de Azarías o Abed-nego, mientras caminaba con sus amigos en el horno. (2) Una alabanza de los tres bendiciendo a Dios. (3) La historia de Susana que fue acusada falsamente y cómo Daniel la defendió. (4) El relato de cómo Daniel descubrió el engaño de los sacerdotes del dios Bel que se quedaban con las ofrendas diciendo que de noche esa estatua se las había comido. (5) Nos relata también cómo Daniel mató a un dragón que los babilonios adoraban y (6) por último, aparece Daniel nuevamente en el foso de los leones por seis días y cómo Habacuc le llevó comida en una canasta.

Solo basta leer estos capítulos añadidos o interpolados para que uno se dé cuenta por qué no fueron considerados canónicos y no fueron incluidos en la Biblia hebrea, aunque sí están en la versión griega de la Septuaginta. Por eso, esta parte se la coloca junto con otros libros deuterocanónicos como 1 y 2 Macabeos, Judith, Tobías, Baruc, Sabiduría, Eclesiástico y una carta de Jeremías.

Habiendo aclarado esto, quiero señalar que en esta segunda parte del libro de Daniel, la parte de sueños y visiones, fue donde la iglesia primitiva alimentó su fe en los tiempos de sufrimiento, porque vieron aquí la luz al final del túnel.

**I LA IGLESIA VIO A CRISTO EN EL GOBIERNO ETERNO DEL HIJO DEL HOMBRE**

Daniel 7:13-14 “Miraba yo en la visión de la noche, y he aquí con las nubes del cielo venía uno como un hijo de hombre, que vino hasta el Anciano de días, y le hicieron acercarse delante de él. Y le fue dado dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran: su dominio es dominio eterno, que nunca pasará y su reino uno que no será destruido”.

La frase “he aquí con las nubes del cielo venía uno como un hijo de hombre, que vino hasta el Anciano de días”. Anciano de Días o también “cabeza de días” es un arameísmo utilizado para referirse a Dios, según un antiguo libro que circulaba desde antes del siglo II antes de Cristo hasta el siglo III después de Cristo, titulado “el Libro de Enoc”, que fue apartado del Canon de la Biblia después del Concilio de Laodicea en el año 364 de nuestra era. El libro de Enoc fue escrito aproximadamente unos 200 años antes del nacimiento de Cristo y era conocido en las comunidades judías como un libro apocalíptico.

Veamos tres versículos de este libro. En Enoc 46:1-3 dice “Allí vi a alguien que tenía una Cabeza de los Días y su cabeza era blanca como lana; con Él había otro, cuya figura tenía apariencia de un hombre y su cara era llena de gracia como la de los santos ángeles. Le pregunté al ángel que iba conmigo y que me mostraba todas las cosas secretas con respecto a este Hijo de Hombre: ¿Quién es éste, de donde viene y por qué va con la Cabeza de los Días? Me respondió y me dijo: Este es el Hijo del Hombre, que posee la justicia y con quien vive la justicia y que revelará todos los tesoros ocultos, porque el Señor de los espíritus lo ha escogido y tiene como destino la mayor dignidad ante el Señor de los espíritus, justamente y para siempre”.

Cuando Jesucristo eligió la expresión “Hijo de hombre” para referirse a sí mismo, lo hizo para que la gente lo relacionara con el libro de Daniel y también con el libro de Enoc. Por ejemplo, cuando Daniel dice “he aquí con las nubes del cielo venía uno como hijo de hombre” veamos lo que dijo Jesús en:

Mateo 24:30 “Entonces aparecerá la señal del Hijo del Hombre en el cielo; y entonces lamentarán todas las tribus de la tierra, y verán al Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria”.

En el libro de Daniel se nos dice que al Hijo del Hombre, es decir, a Cristo, se le dio dominio, gloria y reino con un propósito específico: “para que todos los pueblos, naciones y reinos le sirvieran”. Cuando la reina de Saba visitó al rey Salomón y conoció su palacio y la gente que le servía, quedó asombrada y sin aliento y dijo “Bienaventurados…dichosos estos tus siervos que están continuamente delante de ti y oyen tu sabiduría” (1 Reyes 10:8). Y mayor gloria que la de Salomón tendrá Cristo, y mayor privilegio tendrán los que le servirán, y dirán como la reina de Saba “dichosos estos tus siervos que están continuamente delante de ti”. Dichoso eres si creíste en Cristo y le estás sirviendo, y más dichoso serás cuando le sirvas en su reino. Muchos quedarán asombrados y sin aliento al verte junto al “Rey de reyes y Señor de señores”.

**II LA IGLESIA SE VIO A SI MISMA COMO LOS SANTOS DEL ALTÍSIMO**

Daniel 7:16-18 “Me acerqué a uno de los que asistían y le pregunté la verdad acerca de todo esto. Y me habló y me hizo conocer la interpretación de las cosas. Estas cuatro grandes bestias son cuatro reyes que se levantarán en la tierra. Después recibirán el reino los santos del Altísimo, y poseerán el reino hasta el siglo, eternamente y para siempre”.

Daniel 7:21-22 “Y veía yo que este cuerno hacía guerra contra los santos, y los vencía, hasta que vino el Anciano de días, y se dio el juicio a los santos del Altísimo, y llegó el tiempo, y los santos recibieron el reino”.

Daniel 7:27 “y que el reino y el dominio y la majestad de los reinos debajo de todo el cielo, sea dado al pueblo de los santos del Altísimo, cuyo reino es reino eterno, y todos los dominios le servirán y obedecerán”.

Si solamente los santos recibirán el reino para toda la eternidad, tendremos que revisar nuestro concepto de santo. Según el diccionario “santo” es aquel que es perfecto y libre de toda culpa. Para la iglesia católica santo es el que fue canonizado. En cambio, el concepto bíblico de santo se refiere al que fue separado o consagrado para Dios. Por ejemplo, un templo es santo, porque fue consagrado para el culto a Dios, y no es como cualquier otro edificio. Y una persona santa, no es como cualquier otra persona, porque vive para Dios, como dijo Pablo “si vivimos para él vivimos, y si morimos para él morimos”. Según la Biblia, todo aquel que nació de nuevo, que recibió a Cristo, que cree en él es santo, porque fue llamado por Dios para ser santo. Por eso todo el Nuevo Testamento está repleto de referencias a los santos y podemos ver claramente que los santos no son los canonizados, ni los que son perfectos, ni los que no tienen faltas, sino todos los que son de Cristo, todos los miembros de la iglesia son santos. Por eso Pablo escribió en su epístola a los Romanos “a todos los que estáis en Roma, amados de Dios, llamados a ser santos” (Romanos 1:7). Notemos que dice “a todos”, no “a algunos”, todos fuimos llamados para ser santos. Lo mismo les dice a los Corintios, a pesar de todos los problemas que tenían dice “a los santificados en Cristo Jesús, llamados a ser santos…” (1 Corintios 1:2).

En Daniel 7:21 hemos visto que “se dio el juicio a los santos del Altísimo, y llegó el tiempo y los santos recibieron el reino”, indicando que los santos reinarán y gobernarán en el reino de Dios, los santos serán los jueces del mundo, incluso de los ángeles. Basándose en esta palabra profética de Daniel, Pablo escribió “¿Osa alguno de vosotros, cuando tiene algo contra otro, ir a juicio delante de los injustos y no delante de los santos? ¿O no sabéis que los santos han de juzgar al mundo? …” (1 Corintios 6:1-2).

Así que los que piensan que el cielo es estar sentado en una nube tocando un arpa, olvídese. Es una visión mentirosa del cielo y de la eternidad. La verdad es que Dios nos ha santificado y nos sigue santificando para que gobernemos con él, juntamente con el Hijo del Hombre, Jesucristo, a “quien fueron dados dominio, gloria y reino”.

Lo cierto es que con este panorama de nuestro futuro podremos comprender mejor nuestro pasado y nuestro presente. Porque si somos fieles en lo poco aquí, Dios nos dará muchísimo más en la eternidad. Si somos buenos administradores aquí, nos pondrá para administrar sobre naciones y pueblos en la eternidad. Si obedecemos a su palabra aquí, no tendrá dudas en confiarnos todo porque está seguro que le obedeceremos allá. Y con esta visión todo cobra sentido. Cobran sentido nuestras contrariedades, cobran sentido las pruebas y tentaciones que pasamos. Porque somos los santos del Altísimo y estamos siendo santificados para lo que vendrá.

**III LA IGLESIA SE VIO A SI MISMA EN EL TIEMPO DEL FIN**

Daniel 12: 8-9 “Y yo oí, mas no entendí. Y dije: Señor mío ¿cuál será el fin de estas cosas? El respondió: Anda, Daniel, pues estas palabras están cerradas y selladas hasta el tiempo del fin”.

Por más de dos mil años, en cada generación, muchos cristianos pensaron que estaban a las puertas del fin del mundo. Cada generación estudió el tema y trató de escudriñar en las señales de la segunda venida de Jesús. En cada generación había dicho “La venida del Señor se acerca”, pero no ocurrió nada, y al no cumplirse sus expectativas como Daniel han dicho “yo oí, más no entendí”. Y como Daniel preguntaron ¿Cuál será el fin de estas cosas? Y la misma respuesta no se hizo esperar “Anda, Daniel, pues estas palabras está cerradas y selladas hasta el tiempo del fin”. Los apóstoles le hicieron la misma pregunta a Jesús “¿Restaurará el reino a Israel en este tiempo?” y la respuesta de Jesús fue “No os toca saber a vosotros los tiempos o las sazones que el Padre puso en su sola potestad” (Hechos 1:6-7).

Sin embargo, en nuestra generación ocurrieron acontecimientos inéditos, porque hay señales que no se han dado nunca en dos mil años (1) El regreso de Israel a su tierra. Daniel 12:7 “y cuando se acabe la dispersión del poder del pueblo santo, todas estas cosas serán cumplidas”. (2) El incremento de la movilización de la gente por el mundo, “muchos correrán de aquí para allá” jamás en la historia hubo tantos viajes en el mundo. (3) El aumento de la ciencia “y la ciencia aumentará” (Daniel 12:4) nunca había crecido la ciencia de la manera exponencial como está creciendo.

Entonces, si esto es así ¿Estamos en el tiempo del fin? No lo sabemos, pero cuando ocurra sabemos que se cumplirá la profecía de Daniel “Y muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados, unos para vida eterna y otros para vergüenza y confusión perpetua” (Daniel 12:2). Y también, cuando eso ocurra veremos a Cristo descendiendo del cielo, como escribió Pablo en 1 Tesalonicenses 4:16 “Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero”.

Y mientras nuestro Señor Jesucristo tarda en venir, nosotros seguimos y seguiremos predicando el evangelio, mientras tanto seguiremos haciendo discípulos tal como nos mandó “id y haced discípulos a todas las naciones”, y mientras tanto seguimos recibiendo revelación y entendiendo por la Palabra de Dios, y seguimos enseñando su justicia, porque el cumplimiento de esta promesa nos aguarda. Daniel 12:3 “Los entendidos resplandecerán como el resplandor del firmamento, y los que enseñan la justica a la multitud, como las estrellas a perpetua eternidad”.

Por eso el apóstol Pablo escribió diciendo que nadie se inquiete o se turbe por todo esto, y Santa Teresa de Jesús, o conocida como Teresa de Ávila con notable maestría escribió algo similar diciendo:

“Nada te turbe, nada te espante, todo se pasa, Dios no se muda.

La paciencia todo lo alcanza; quien tiene a Dios nada le falta, solo Dios basta.

Eleva el pensamiento, al cielo sube, por nada te acongojes, nada te turbe.

A Jesucristo sigue con pecho grande y, venga lo que venga, nada te espante”

Aunque es solo un fragmento, estas palabras nos recuerda que Dios tiene el control de todo, porque “todo se pasa, Dios no se muda”.

CONCLUSIÓN

Si la situación empeora, la pandemia se intensifica, si colapsa el sistema económico, si la angustia nos atrapa y los temores nos asaltan, recordemos Filipenses 4:6 “Por nada, POR NADA estéis afanosos (preocupados, tensos) sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias”. Como dijo alguien: “Estuve inquieto y preocupado hasta que leía la última página de la Biblia y vi que ganamos”.

El libro de Daniel también nos muestra que ganamos por medio del Hijo del Hombre, Jesucristo, tal como se repite en la obra el Mesías de Heandel “Él es el Rey y será el Señor, y reinará por los siglos de los siglos, nuestro Rey y nuestro Dios, y reinará, Aleluya”; ganamos los que hemos recibido a Cristo porque somos los santos del Altísimo que gobernarán juntamente con Cristo. Ganamos los que creemos que Dios responde a nuestras oraciones y que todo lo que pedimos él lo hará. Porque quien tiene a Dios, nada le falta.